

COMENTARIO DE LAS OBRAS “ERWIN MOTOR, DEVOCIÓN” Y “SUZY STORCK”  
DE MAGALI MOUGEL EN TRADUCCIÓN DE HUMBERTO PÉREZ MORTERA

**POR ALIX ALMENDRA**

**TEMPORALIDADES CORROSIVAS DEL DESGASTE**

Estas dos obras de Magali Mougel, traducidas por Humberto Pérez Mortera, no son textos fáciles. No porque su lectura sea complicada, de hecho, hay una inquietante sencillez y facilidad para leerlas. Mientras se avanza rápidamente en la lectura, como lectora -también rápidamente- me fui sintiendo envuelta por esa fatalidad del tiempo de la rutina en la que sus personajes se encuentran atrapados.

Este libro no sirve para calmarnos. No tranquiliza. Nos sumerge en la lectura, pero no nos distrae. Quizá, al contrario, nos lleva a detenernos más en esas pequeñas superficies en las que discurre el tiempo sin tregua de lo cotidiano. El tiempo de cada movimiento repetitivo del cuerpo en sus rutinas; de aquellas frases, diálogos internos, que vuelven una y otra vez. Las obras de Mougel nos abren a un tiempo particular: el simple tiempo de la rutina, precisamente en el que la vida ocurre. El tiempo de la repetición que, por momentos, toca el umbral de lo traumático, lo pesadillezco porque aparece una y otra vez, con carácter de inevitable.

Ambas historias contenidas en el libro tienen como protagonistas a una mujer. Se nos invita a presenciar el relato íntimo del lugar de cada protagonista. Cécile, en el caso de “Erwin Motor, Devoción” y Suzy, en el caso de “Suzy Storck”. Las dos son mujeres jóvenes, mujeres madres, mujeres esposas, mujeres obreras. Las dos son mujeres deseantes, con sus propios sueños. Pero como nos lo dice Cécile, no hay que olvidar que “cada profesión tiene su chiste y cada sueño, su propia pesadilla”.

Considero que, para encarar una reflexión sensible a los deseos de estas mujeres (y de sus pesadillas) podemos recurrir a una distinción teórica que encontré en el trabajo de la antropóloga australiana Elizabeth Povinelli para pensar los tiempos de crisis. Ella analiza las formas cotidianas de la vida de personas indígenas en la Australia capitalista contemporánea y se detiene precisamente en ese tiempo de lo cotidiano, las rutinas y las formas de “aguante” que ciertos cuerpos y subjetividades tienen que desplegar diariamente en un tiempo en el que parece solo ocurrir la vida cotidiana sin mayores sobresaltos, sin

momentos de crisis en particular. En estas formas de temporalidades ancladas a estructuras sociales y económicas, la antropóloga distingue entre los eventos y los cuasi-eventos.

Los eventos serían todos aquellos sucesos con carácter de acontecimiento, que impactan de tal manera que irrumpen en el tiempo aparentemente vacío, conforman hitos históricos, memorias sociales y colectivas con cierto carácter traumático por su irrupción abrupta y su magnitud. Catástrofes humanas que demandan la intervención de gobiernos u organismos para reconstruir un cierto equilibrio homeostático o demandar la justicia social. Por su parte, los cuasi-eventos, son de otra cualidad. Sucesos que no alcanzan la forma de un acontecimiento pero que saturan una vida; se desvanecen en los relatos de una nación, en el retrato de un día a día; no son parte de una Historia con mayúsculas. Tampoco pueden ser representados en las estadísticas o materializarse en argumentos de causa-efecto o un antes y un después. Los cuasi-eventos no alcanzan la forma de un suceso que pueda decir algo relevante sobre el desgaste paulatino y cotidiano de una vida inundada por distintas formas de sujeción o poder.

En mi experiencia profesional, desde la clínica psicoanalítica, es posible escuchar ambos tipos de temporalidades a nivel subjetivo: grandes acontecimientos de crisis como las muertes, los nacimientos, accidentes, mudanzas... es decir, eventos con impactos determinantes que hacen que una vida no vuelva a hacer igual. Un antes y un después. También la vida en su día a día: los sueños, los malestares de una jornada laboral, las rutinas. Sin embargo, indagar el psiquismo humano siempre nos obliga a no suponerle a ningún evento una cualidad traumática o no en sí misma, de manera a priori. Digamos que en la clínica los eventos y los cuasi-eventos a veces pueden confundirse o mapearse rizomáticamente. Pero, en realidad, fue mi trabajo clínico con personas migrantes y refugiadas el que me hizo poner la mirada en esta distinción de lo que implica vivir lo cotidiano bajo ciertas condiciones temporales impuestas por formas específicas de poder. Lo que intento decir es: las vidas y los cuerpos toman forma también por aquellas sujeciones estructurales. Los tiempos de las crisis o los eventos espectaculares pueden parecer protagónicos, pero, en realidad son aquellos cuasi-eventos los que determinan las diferencias particulares que pueden implicar una manera de supervivencia, una manera de desgaste o una manera de muerte en los tiempos contemporáneos del capitalismo (tardío o cual sea el nombre que se prefiera referir aquí). Es decir, el diablo está en los detalles.

Las trayectorias, los tiempos hay que soportarlos con determinados cuerpos (cuerpo “de mujer”, cuerpo “de haitiano”, etc.) y con determinadas estructuras históricas, temporales, económicas, etc. que van interviniendo la carne, el psiquismo y el cotidiano de un mundo que está desigual y diferencialmente distribuido. Esto, por supuesto no es nuevo, Marx lo describía con su análisis sobre la praxis y su materialismo posado en los cuerpos de los obreros, en el que el trabajo del asalariado no es sólo una energía utilizada sino un cuerpo dominado. Pero también las feministas, quienes vinieron a hablarnos de las esposas de aquellos obreros de Marx con sus trabajos de reproducción para sostener vidas; o de las obreras con su “condición” de mujeres en las fábricas. Como lo argumenta gran parte del trabajo de investigación de la feminista marxista Silvia Federici quien nos muestra cómo el control del cuerpo de las mujeres trabajadoras, su disciplinamiento y el despojo de su autonomía, ha sido fundamental para el desarrollo del capitalismo.

Así, para ser justas con la tragedia de Cécile y Suzy Storck hay que considerar el hecho de que ciertos cuerpos, ciertas poblaciones están permanentemente expuestas a formas de vida corrosivas, que producen un desgaste tan intenso como esas crisis colosales, pero silenciosas y cotidianas. Me parece que las protagonistas de Magali Mougel nos hablan de manera sumamente sensible, pero sin concesiones de esos cuasi-eventos que implican la existencia de cuerpos marcados por la diferencia sexual; “la condición de ser mujer” o como le dice el señor Talzberg (uno de los personajes de Erwin Motor): esa pequeña fatalidad arrogante entre tus piernas.

Pero no solo es la diferencia sexual, también está la diferencia de clase, porque no lo olvidemos Cécile y Suzy son mujeres, francesas, pero de clase obrera. Y tienen por compañeros a hombres, también obreros, con sus propias miserias por afrontar: una masculinidad que se siente herida por la insatisfacción de las que toman simplemente como “sus mujeres”; una existencia miserable que se experimenta (en palabras del esposo de Cécile) como: “una pinche cólera, porque sientes en ti el ser despreciable que hierve” y que luego se vuelve contra otros, contra ellas. Por desear ser productivas, por entregar su devoción a otros, por desear emancipación, por desear ganar dinero, por desear reconocimiento, por desear ser esposas, por desear ser madres, por desear no serlo, por desear.... Pero, sobre todo, por no conformarse con lo que parece un destino trágico. Otra vez, la pinche cólera que trae esa pequeña fatalidad entre las piernas.

Cécile lo asume y nos lo dice a su pesar: “Siento satisfacción. Soy una fuerza de trabajo, soy productiva y eficaz. Tú no puedes juzgarme. Mi devoción a ese trabajo es mi emancipación...” y cada sueño tiene su propia pesadilla.

#### LA PRODUCCIÓN DE LA NOCHE Y LA REPRODUCCIÓN DEL DÍA

La historia de Erwin Motor ocurre principalmente de noche, en los encuentros entre Cécile, las piezas por ensamblar y la mirada permanente de su capataz. Erwin Motor es el nombre de una empresa que se define como familiar y francesa. *Pater* y nación a los que hay que entregarles devoción. Devoción es precisamente el complemento del título que Mougél propone, aunque podría llamarse también “la erótica de la alienación”. El Sr. Talzberg, capataz de la empresa, es el personaje que nos revela esta erótica: “Hay algo fascinante en el trabajo nocturno. Experimento fascinación por este trabajo de noche. Te extenua, modifica el ritmo interno de tu organismo te lleva a una devoción, un tipo de pacto monacal que consagra tu organismo, cada uno de tus movimientos, al cumplimiento de estas tareas repetitivas”.

Esta obra se ocupa del trabajo nocturno de mujeres obreras, como Cecile, a quienes les llaman las manos pequeñas por su agilidad de ensamble y producción. Erwin Motor toma de ellas sus noches, su tiempo de descanso, su tiempo de soñar, su tiempo de ocio o de placer.

Cécile es la devota que dedica 6 de 7 noches a la semana a colocar un resorte en la pieza de encendido de los autos, este movimiento repetido 3 mil veces cada noche. Trabaja para la industria automotriz (así es como le dicen), sometida a las fluctuaciones del mercado (como ella lo entiende), acechada por la movilidad de la mano de obra a países menos costosos (así es como le llaman). Pero lo que ocurre en esta obra es el tiempo del cuerpo sometido. Tomado por la noche bajo la mirada de un hombre que exige que las pausas sean cada vez más pequeñas, que las manos y el cuerpo de Cecile estén cada vez más atrapadas por ese movimiento nocturno extenuante. “Nadie cuenta el tiempo, la duración de una pausa. Nadie la anota. Los registros, las convenciones, no dejan huella de su duración [...] La brevedad. Comienza en menos de un segundo, pero se alarga hasta que algo la vuelve a atrapar [...] Todos tenemos ritmos que mantener”, dice el Sr. Talzberg.

Curiosamente, al contrario de Cécile, la historia de Suzy Storck ocurre de día. Bajo un sol fulminante que no termina de querer meterse. El día en Suzy Storck es eterno. Dentro de su casa. Esta también es una empresa familiar y francesa: la de ella, su marido, sus dos hijos y un bebé que no deja de llorar y alimentarse de ella. Suzy Storck es costurera y ama de casa, aunque podría haber sido cualquier otra cosa. Suzy Storck fue madre de tres hijos porque era lo que había que hacer después de que conoció a Hans Vasilli en el negocio de los pollos en el que ambos trabajaban.

En esta historia, lo que devora es el tiempo del día. Una rutina de organización de la vida, de la vida de otros. Y es precisamente en lo que Suzy Stock falla: sus dificultades entre lo que mide y lo que no mide. Suzy Stock falla en no medir los descuidos de su deseo: “la manera como se organiza la naturaleza de lo que la rodea, el peso incomprensible de lo que se organiza aún a su pesar, incluso a pesar de que ella esté presente. Y participe”.

Cécile de noche, en el trabajo productivo y eficaz que le devuelve su propia pesadilla. Suzy de día, en su casa, con su familia y su “incapacidad de no haber logrado afirmar de manera lo suficientemente firme que ella deseaba rechazar ciertas obligaciones personales y físicas”. Que ella deseaba el deseo de no ser madre. Suzy Storck comete un grave descuido: el de presenciar el aplastamiento de su deseo.

En Suzy Storck, el tiempo del día y de la reproducción de la vida se vive un tiempo asfixiante que se mide en pensamientos repetitivos, pensamientos sin piel y desordenados que dicen una y otra vez: “mi corazón es un reloj del que abro grandes las puertas para que los vientos puedan entrar y llevarse el grito de mi mundo”. En Suzy Storck el tiempo del día se amontona, se acumula: los días, meses, años se confunden: “su corazón es un reloj del que ella quisiera arrancar el péndulo”.

En Erwin Motor el tiempo de la noche de Cecile se extiende continuamente, primero son 6 noches de 7 a la semana, después son todas las noches de la semana. Y todavía después, la noche empieza antes, cada vez un poco antes. Parece que la voracidad de Cronos es implacable –de día o de noche– cuando se trata de la explotación. Una industria automotriz sometida a las fluctuaciones del mercado; que pide más y más. Un sol que no se quiere meter, como si fuera la marca de un deseo difícil de ahogar entre calcetines, cafeteras, camisetas y carriolas.

“Suzy Storck todo podría ser tan sencillo si tomaras las cosas tal y como vienen”, le dice su marido. Pero lo que él no sabe es que el corazón de esta mujer es un reloj que podría arrancarse de su pecho, como de quien participa de la rutina y organización del día para el sofocamiento de su propio deseo... tarea condenada a fallar.

Alix Almendra  
Noviembre, 2024